

LAS TRANSFIGURACIONES DE SANTIAGO MATAMOROS

Federico Navarrete*

Más rápidamente que los mismos hombres que las conciben, las adoran y les dan realidad en su mundo, las figuras divinas se transfiguran y enriquecen como resultado de los contactos entre sociedades, culturas y pueblos diferentes. Este breve examen de las transformaciones de Santiago Matamoros o el apóstol Santiago, como producto de las conquistas españolas y portuguesas en América y África, será apenas un ejemplo, interesante y divertido espero, de las paradójicas y creativas negociaciones culturales que los seres humanos realizamos a través de nuestros dioses.

Alrededor del año 1500 Santiago Apóstol ayudó a Afonso, el rey del Congo, a vencer en batalla a un ejército enemigo. Según contaba el monarca africano, la aparición de este temible santo europeo, montado sobre su caballo y blandiendo su espada para atropellar y degollar hordas de infieles, causó el terror entre sus rivales y los hizo huir. Seguramente los prisioneros de esa batalla fueron vendidos como esclavos a los mismos portugueses a los que Afonso relató su conmovedora historia. En todo caso, éstos aceptaron como verdadera la aparición del santo al grado que incluyeron su montada y triunfadora figura en el escudo de sus posesiones en el Congo. Desde entonces, el 25 de julio se convirtió en la más importante fiesta de este reino cristiano africano, enriquecido más allá de toda medida por el tráfico en seres humanos.

Esta belicosa aparición africana no fue, desde luego, la primera del gran santo guerrero. La tumba del apóstol en la epónima Santiago de Compostela era uno de los santuarios más concurridos de la Europa Medieval y la peregrinación a visi-



tarlo alimentó demográfica y económicamente a los débiles y atrasados reinos cristianos de las montañas del norte de la península ibérica, permitiéndolos iniciar la secular agresión contra sus más prósperos y cosmopolitas vecinos musulmanes del sur, un proceso de expansión y conquista que fue llamado "reconquista" a partir de la ficción de que los estados del norte eran los legítimos sucesores de los reinos godos que fueron destruidos por los conquistadores islámicos y que por lo tanto sólo estaban recuperando lo que siempre había sido suyo.

Fue entonces con el grito de "¡Santiago!" que los guerreros cristianos atacaron a los enemigos de su fe. Este grito, además de a guerra santa, sabía a venganza, como nos relata Alfonso X, el rey sabio, pues el santuario del apóstol había sido profanado siglos antes por los invasores musulmanes:

* Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM



En el día de la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, la ciudad de Córdoba [...] fue limpiada de toda la suciedad de Mahoma y entregada y rendida al rey don Fernando. El rey don Fernando ordenó entonces que la cruz fuera puesta en lo más alto de la torre principal, ahí donde se solía invocar y alabar el nombre del falso Mahoma; y entonces los cristianos empezaron a gritar con alegría y placer: "Dios Ayude" [...] Y él encontró ahí las campanas de la iglesia de Santiago Apóstol en Galicia, que fueron llevadas ahí por Almanzor [...] y colocadas en la mezquita de Córdoba para vergüenza de los cristianos; y ahí quedaron las campanas hasta que el rey don Fernando conquistó la dicha ciudad de Córdoba [...] El rey don Fernando hizo entonces que las mismas campanas fueran llevadas y regresadas a la iglesia de Santiago en Galicia. Y así la iglesia de Santiago fue de nuevo felizmente adornada y además se colocaron otras campanas más pequeñas, que daban un hermoso sonido, y los peregrinos que ahí iban las oían y conocían la razón de ellas [...] y alababan al rey don Fernando, y lo bendecían, y rogaban a Dios que fuera preservado y tuviera una larga vida.

Tanto los portugueses como los españoles, pues, vinculaban a Santiago con su secular y lucrativa empresa de atacar a los infieles. Por ello el 25 de julio, día de su fiesta, bailaban las danzas de moros y cristianos en las que ritualizaban esa guerra santa, conmemoraban sus batallas y celebraban a sus guerreros, es decir a sí mismos.

Santiago, poderoso y temible, montado siempre en su corcel imponente para atropellar a los infieles, blandiendo siempre su victoriosa espada para cortar sus cabezas, era también la imagen idealizada y divinizada de esos guerreros profesionales, pequeños nobles en busca de honra, buenos católicos en busca de salvación y codiciosos señores siempre ávidos de la riqueza que los alejara de la

infamante necesidad del trabajo manual. Y lógicamente el santo, su imagen, sus estatuas, su nombre y sus hazañas y milagros acompañaron a estos invencibles propagadores de la fe en sus aventuras en tierras más remotas, pero no menos alejadas de la verdadera fe, que encontraron en África y en América.

En su *Historia de la conquista de México*, Francisco López de Gómara cuenta que ya en la primera batalla importante que libró la expedición española dirigida por Hernán Cortés, en lo que hoy es Tabasco, Santiago realizó una milagrosa aparición. Según su relato, seguramente basado en el testimonio de Hernán Cortés, su patrón y patrocinador de su historia, los españoles estaban en aprietos ante la embestida de los tabasqueños cuando llegó un tal "Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió a los indios e hizoles arredrar algún tanto", pero luego desapareció y éstos volvieron a asediar a los debilitados cristianos hasta que el providencial caballero volvió otras dos veces y cada vez les permitió resistir, hasta que finalmente llegó el refuerzo de la caballería:

A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros a caballo, harto de rodear y de pasar arroyos y montes, que no había otra cosa por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el Apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: "Adelante compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso San Pedro.

El posterior triunfo español fue atribuido a la milagrosa aparición de Santiago, aunque Cortés insistía en agradecérselo a San Pedro:

No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien peleado, a nuestro Señor que



milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Fernando Cortés más quería que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fue, se tuvo a milagro, como de veras pareció, porque no solamente lo vieron los españoles, más aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Bernal Díaz del Castillo que sí estuvo ahí, leyó muchos años después este relato de Gómara y se burló de él con el siguiente argumento:

[...] dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, antes que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mando de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Nuestro Señor en todo nos ayudaba; y pudiera ser que el [caballero] que dice Gómara fuera el glorioso apóstol Santiago y yo, como pecador, no fuese digno de verlo. Lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, y venía juntamente con Cortés que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos. Y ya que yo, como indigno, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados y Cortés y otros muchos caballeros y platicárase de ello, y se tomara por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa de Santiago de la Victoria, o de San Pedro de la Victoria, como se nombró Santa María de la Victoria. Y si fuera así como dice Gómara, harto malos cristianos fuéramos que enviándonos Nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran mer-

ced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia, y plugiera a Dios que así fuera, como el coronista dice; y hasta que leí su corónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí.

Naturalmente el escepticismo de Bernal resulta más convincente para nuestra perspectiva moderna, pero contrastarlo con la versión de Gómara nos da una preciosa luz sobre cómo los seres humanos construimos los milagros entre el recuerdo borroso, el miedo, la exageración y el "eufemismo", la tan difundida tendencia a recordar y contar las cosas de la manera más halagadora posible para nosotros mismos. Los españoles de a pie, es decir la inmensa mayoría del ejército conquistador, estaban en francos aprietos ante el ataque indígena y entonces la aparición de un caballero, con nombre y todo les resultó un gran alivio. Pudo ser una sola, o varias, o pudo ser que diversos soldados vieran la misma pero la narraran y la experimentaran como varias. El hecho es que sintieron alivio por la intervención de ese providencial guerrero a caballo y luego, cuando llegaron los demás caballeros, no fue difícil atribuirle un origen sobrenatural. O quizá, fue con el recuerdo que adquirió esta dimensión providencial, conforme la memoria exageraba el miedo de la posible derrota y el alivio de la ecuestre intervención.

En todo caso, en esta aparición americana la figura bélico-religiosa de Santiago adquirió una nueva dimensión debido a su asociación con el caballo, animal desconocido y temido por los indígenas. El poder del apóstol guerrero se multiplicaba en estas tierras en que los corceles de los conquistadores podían darles en muchas ocasiones la ventaja militar para vencer ejércitos mucho más numerosos que los suyos. Además los indígenas atribuían a los caballos cualidades descomunales y les tenían gran temor, que era fomentado por los propios españoles al hacerles creer que los herbívoros comían carne y al organizar alardes de

caballos encabritados y en celo para demostrar su supuesta agresividad.

El éxito de Santiago en tierras mexicanas se consolidó unos meses después, con la masacre que realizaron los españoles en Cholula en octubre de 1519, y que fue percibida por propios y extraños como un triunfo del apóstol sobre el dios nativo, Quetzalcóatl. La asociación entre Santiago Matamoros y lo que ahora podemos llamar sin exageración el genocidio de las poblaciones no católicas era añeja, como lo confirman el nombre mismo del guerrero y su invulnerable representación atropellando y decapitando multitudes de moros. Varios especialistas han señalado que en la conquista de México se enfrentaron una cultura del sacrificio, la indígena, con una cultura de la masacre, la española. Y en el manual del buen conquistador cristiano se establecía claramente que asesinar grandes multitudes de infieles, de preferencia desarmados, en una plaza pública o en un templo de su demoníaca religión, era una acción necesaria y salutífera para lograr el triunfo de las armas de la verdadera religión.

Por ello, los españoles aprovecharon esta primera oportunidad que tuvieron para masacrar a una población indígena inerme y demostrar su capacidad de agresión y el poder de su deidad. Este acto de "terrorismo religioso", como podemos calificar un uso deliberado de la violencia contra inocentes con un fin demostrativo, fue todo un éxito, como nos explica el mismo Bernal Díaz:

Yo he oído decir a un fraile francisco de buena vida, que se decía Fray Toribio Motolinía, que si se pudiera excusar aquel castigo y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo, que fue bueno para que todos los indios de las provincias de la Nueva España vieses y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos; y que viendo lo que les había prometido salió al revés, y que perdieron la devo-

ción que antes tenían con ellos, y que desde allí en adelante no les sacrificaban ni venían como en romería de otras partes como solían, y desde entonces no curaron de él y le quitaron del alto cu donde estaba, o le escondieron y quebraron, que no pareció más, y en su lugar habían puesto otro ídolo.

El cronista tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo nos explica que el triunfo sobre Quetzalcóatl, que era quizá la deidad más importante en el múltiple y complejo panteón indígena, también fue atribuido por los indios al propio Santiago:

Así entendieron y comprendieron que era de más virtud el Dios de los hombres blancos, y que sus hijos eran más poderosos. Y los tlaxcaltecas apellidaban al señor Santiago, y hoy en día, en viéndose en algún trabajo y aprieto llaman al señor Santiago. [...] Nueva de tan gran destrucción corrió por toda la tierra y, admirados de oír cosas tan nuevas y de cómo los cholultecas habían sido destruidos en tan breve tiempo, y como su ídolo Quetzalcóatl no les había ayudado ni valido gran cosa, hicieron grandes conjeturas todas estas gentes, con grandes sacrificios y ofrendas porque no sucediese así a todas las gentes.

Estos episodios de la conquista española de México demuestran la íntima vinculación entre la figura de Santiago Matamoros y la guerra santa cristiana así como el poder simbólico de este santo como representación de la importancia de la violencia para el triunfo de la verdadera fe. Sin embargo, queda por comprender cómo es que esta figura, vinculada tan íntimamente al poderío ibero y cristiano, fue asimilada y absorbida por los mismos hombres que fueron sus víctimas. No hay que olvidar que, en efecto, el Santiago que ayudó a triunfar al rey Afonso no estaba peleando para los guerreros portugueses o castellanos, sino a nombre de un monarca nativo, recientemente convertido a la verdadera fe.



En este caso la divinidad europea fue apropiada por parte de un pueblo no europeo que busca aprovechar y disfrutar de ella. El caso del modesto pueblo de Zollan o Sula, en la región de Chalco, en el Valle de México, nos muestra con más detalle y candidez cómo funcionaban este tipo de apropiaciones.

El Título Primordial de Santiago Sula, escrito probablemente ya bien entrado el siglo xvii, cuenta que los habitantes de este pequeño poblado buscaron a principios del siglo xvi, un santo patrono católico para su recién erigida iglesia. Para tomar una decisión tan crucial para el destino de su pueblo, los principales convocaron a todos los miembros de la comunidad. Pero éstos prefirieron delegar en sus jefes la elección del nuevo dios tutelar. Los jefes decidieron meditar sobre el asunto una noche, y entonces:

El dicho Miguel Omacatzin no estaba dormido y vio un hermosísimo español que lo llamaba por su nombre y le dijo: "Miguel, Miguel." Y por tres veces lo llamó por su nombre y le dijo: "Mírame que ya estoy aquí, que me deseáis, que yo sea vuestro Patrón. Yo me llamo Santiago que es a mi gusto que yo os ampare." Y el dicho Miguel Omacatzin quedó muy espantado el que le hablase aquel Santo español. Y luego al otro día así que amaneció envió a llamar al dicho su amigo Pedro Capolicano. Y le contó lo que le sucedió, cómo aquel español le había hablado y lo que le dijo.

Y luego dijo Pedro Capolicano: "Señor mío lo propio me sucedió a mí." Y luego dijo Miguel Oma-

catzin: "A mí no se me ha sosegado mi corazón. Voy a saber qué santo es." Ya iba Miguel a saber qué santo era aquel y saliendo de su casa de dicho Miguel se le apareció el Santo Apóstol diciéndole: "Mírame que yo soy el que anoche te hablé aunque aún no me conocías. Yo me llamo Santiago." Y luego [Omacatzin] comenzó a dar de gritos diciendo: "¡Señores, Señores! Ahora se me apareció el hermoso español que anoche me habló, ahora se me puso por delante y le conocí que tiene muy hermosísimo rostro y muy hermosísimo vestido y yo indigno lo vi ahora que ya se me ha sosegado el corazón de aqueste Señor Español a que le hemos de servir todos nosotros, hemos de estar debajo de su Patrocinio, que se llama Señor Santiago Apóstol que dizque viene de Persia que dizque viene a ser hacia la parte del Oriente y dizque es muy llegado de Dios."

En este caso, lo que atrajo a los indígenas a la figura religiosa de Santiago fue su talante diferente al suyo, evidente en su ropa española, su hermosura y su exótico origen persa, así como su poderío, demostrado por su cercanía con Dios. Por otro lado, el milagro de la aparición del Apóstol sirvió para establecer una relación directa entre él y los indígenas, sin mediación española. De esta manera, se puede decir que los nahuas de Sula "expropiaron" a la figura tutelar de sus conquistadores, con el objetivo de utilizar todo su prestigio cultural y poder sagrado para que los protegiera de ellos mismos.

Esta maniobra nos puede parecer sorprendente y paradójica, pero no fue excepcional. El mismo Santiago también ayudó a una expedición de unos cuantos españoles y una mayoría de guerreros otomíes provenientes de Tula a vencer a los chichimecas que habitaban al norte de su terruño y fundar la ciudad de Querétaro, que lleva hasta ahora orgullosamente el nombre de Santiago. La *Relación de Querétaro* escrita unos años después por los propios otomíes, cuenta, en primer lugar que su ca-

pitán venía vestido con la misma ropa de Hernán Cortés y que los guerreros cristianos libraron una batalla con sus primos otopames chichimecas, precisamente el día de Santiago:

pero dise la rrelación de los catholicos, que se paró el sol y se puso muy marillo y jumiado, con una tempestad de paz, como fue mesmo día de Santiago, se apareció una cruz alta como quatro brasadas de alto, con sus resplandor y blanco en medio de los chichimecos que los devisó a los catholicos en medio de los chichimecos bravísimos. Entonces cobró valor los catholicos... y muy hermusísimo de rayos a la Santísima Cruz y a Santiago por un lado se aparecieron en medio de ellos de los dichos indios, que los vimos todos esos milagros.

Naturalmente, este despliegue de gracia celestial hizo que los chichimecas cayeran rendidos y estableció la base de un pacto con sus "conquistadores", pues los conquistados exigieron que se erigiera una cruz de piedra para conmemorar el milagro que había marcado su sometimiento. Entrecomillo conquistadores porque en este caso, la *Relación* deja muy claro que el sometimiento de los chichimecas fue negociado y pactado, no como las conquistas realizadas por los españoles, y el milagro santiagueño no fue más que la confirmación celestial de ese pacto.

Fue así, como los indígenas realizaron la más subversiva de sus acciones ante los españoles: aceptar su religión y darle la vuelta, adorar a sus dioses y hacerlos algo propio que los protegería contra ellos mismos, como dice el pensador estadounidense Richard Rodriguez:

En la literatura europea de viaje sobrevive la superstición de que la cristiandad india es un barniz muy delgado que cubre un altar es-

condido. Pero hay una posibilidad que resulta aún más temible para la imaginación europea, tan temible que en quinientos años esta posibilidad apenas ha sido mencionada.

¿Y qué si los indios se convirtieron?

El ojo indio se convierte en una puerta a través de la cual ha pasado todo el desfile de la civilización europea y ha sido puesto de cabeza. El barroco es un truco indio. El arco colonial un detalle indio.

[...] La Europa postcolonial expresa compasión y culpa en privado, compadece a la india por la pérdida de sus dioses y de sus lenguas. Pero mejor es dejar que la india hable por sí mismo. El español es ya una lengua india. La ciudad de México se ha convertido en la capital del mundo hispanohablante y se ha apoderado del español un poco como Nueva York le arrebató el inglés a Londres durante la primera guerra mundial.

La india tiene la misma actitud hacia la modernidad que tuvo frente a los españoles: está dispuesta a casarse, a reproducirse, a desaparecer para lograr asegurar su participación en el tiempo; se niega a perderse el futuro. La india ha decidido sobrevivir, comerciar con los vivos, vivir en la ciudad, arrastrarse de rodillas, de ser necesario, hasta México o Los Ángeles.

Considero que es un logro indio que yo esté vivo, que sea católico, que hable inglés, que sea norteamericano. Mi vida empezó, no terminó en el siglo XVI.

Y fue así como, sin que los españoles y portugueses siquiera se pudieran dar cuenta, los pueblos africanos y americanos que conquistaron se apoderaron de la que ambos consideraban que era la fuente de su poder, y transformaron a Santiago, del patrono de sus dominadores, en el protector de los dominados. ➤

